

## HERES CON BOLIVAR EN EL PERU

Por N<sup>o</sup> COLÁS PERAZZO

Contaba apenas 24 años de edad don Tomás de Heres cuando en el año de 1819 llegó al Perú, formando parte de la oficialidad del batallón “Primero de Numancia”.

Era ya veterano de las recientes campañas de Venezuela, de la Nueva Granada y de Quito. Y procedía de una familia de ascendencia peninsular establecida en Angostura, en donde su padre, don José Fernández de Heres, desempeñaba la Gobernación de Guayana en el año de 1810, cuando su hijo entró al servicio del Rey en un Cuerpo de Milicias, posición ésta que mantuvo hasta 1812, en que pasó al Batallón Numancia. Este Cuerpo era objeto de constante preocupación para las autoridades españolas por contarse muchos de sus oficiales íntimamente vinculados por nexos de sangre con militares y civiles del campo patriota, como fueron los casos de sus compañeros y amigos León de Febres Cordero y Luis Urdaneta Faría, entre otros destinados a ilustrarse también en los fastos de la lucha por la emancipación de estos pueblos de la América hispana.

Para ese año de 1819 el Perú se encontraba sacudido por el recuerdo de las sublevaciones de los criollos, iniciadas en las últimas décadas del siglo anterior por Tupac Amaru y por los movimientos conspirativos de una parte apreciable de la clase dirigente de la Colonia que aspiraba al goce de una autonomía vinculada a la Corona, análogos a los primeros actos de rebeldía contra el Gobierno español ocurridos en otras regiones de la América del Sur.

El joven Heres, desde su llegada al Perú participó en comisiones de servicio con la unidad militar a que pertenecía, ganándose ascensos hasta el cargo de responsabilidad en que lo encontraron los hechos del 3 de diciembre de 1820, cuando el “Numancia” se declaró por la causa patriota, integrándose a las fuerzas libertadoras que, bajo la conducción del general don José de San Martín, marchaban victoriosamente sobre Lima.

Concluido el ciclo peruano del Protector y, desaparecido éste admirable militar y hombre público del escenario del antiguo Imperio de los Incas, llegó Bolívar a Lima, llamado por el Congreso, a través de sus enviados don José Faustino Sánchez Carrión y el poeta don José Joaquín Olmedo, y precedido varios meses por las tropas colombianas al mando del general Sucre, después de 25 días de navegación que iniciara el 7 de agosto de 1823, entre los puertos de Guayaquil y El Callao.

Como dijéramos en párrafos de la introducción de nuestro reciente libro *“Sánchez Carrión y Unánue, Ministros del Libertador”*, angustiosos eran aquellos momentos para la existencia del Perú como Estado independiente y soberano. Esa condición, ganada con el arribo y actuaciones del general San Martín, íbase perdiendo en el revuelto del mar de las ambiciones de personajes y grupos favorecidos por influencias todopoderosas de casta y de fortuna; por una confusa concepción de la vida nacional; por los determinantes significativos del origen y de la propia formación, un tanto palaciega y acomodaticia, de unas cuantas relevantes figuras, salidas, por fuerza de esos mismos factores, a la conducción improvisada o poco madurada de la guerra, del gobierno y la administración del nuevo país. Todo eso pudo ser momentáneamente contenido y enrumbado hacia positivos fines patrióticos por la voluntad, el temple heroico y el desprendimiento cívico del Protector. Innegable es la provechosa acción, puesta por él en marcha en todos los órdenes de la vida del Perú. Pero sobrevino su separación del poder y del país, dejando un vacío que era difícil, si no imposible, de llenar, dentro del marco de las aspiraciones en pugna del patriado nacional preponderante: de una parte Riva Agüero y sus seguidores; de la otra, Torre Tagle y los suyos. El mando dividido. El país desunido. El enemigo común, formado por los restos amenazantes y cada vez más poderosos por su veteranía y compactación, del ejército español, de frente, con dominio sobre una gran extensión del territorio nacional y en progresivo avance hacia la liquidación del ensayo de Independencia, bajo el comando de militares aguerridos y conocedores del medio geográfico, social y político y de las veleidades de quienes asumieron el Gobierno por la ausencia del general San Martín.

Al analizar otros aspectos de aquel momento histórico del Perú, estimamos oportuno repetir lo que ya hemos asentado al respecto. Que no existía aún en aquellas tierras de impresionantes leyendas y de vieja y noble civilización autóctona, un definido espíritu republicano. Que esas ideas constituían apenas un semillero cultivado en cenáculos reservados al pensamiento ilustrado y a la docencia universitaria, sin campo abierto para su propagación, asomándose apenas en publicaciones destinadas a la gente de letras, a los cerebros mejor cultivados y que no trascendían, sino en casos muy aislados, a la clase dirigente, a la oligarquía con dominio secular sobre los demás sectores del país. Que tampoco podía florecer esa idealidad avanzada en la mente y en el corazón del pueblo de tierra adentro, por razones también ajustadas a la tradición monárquica. Que por eso, los movimientos revolucionarios precedentes a la llegada de San Martín al Perú, muy bien pueden definirse, a la luz de la verdad histórica, como gestos valerosos y memorables, pero sin inspiración alguna en las corrientes políticas que condujeron a la independencia de los Estados Unidos, a la Revolución Francesa, a los empeños tesoreros de Miranda sobre la América Hispana y a las guerras de liberación de diversas regiones de esta otra parte del Nuevo Mundo. Porque los indios y sus corifeos lo que buscaban era el retorno a la grandeza incaica y los próceres del Virreynato parecían orientar sus inquietudes hacia el logro de una, cada vez más amplia, autonomía dentro del sistema imperante; hacia una mayor libertad de acción para sus intereses y objetivos personales o de grupo, tocándole al Protector San Martín traerles, en la palabra y la acción, el sentido concreto y firme de la unificación para la independencia. Es cierto que el Héroe del Sur pudo

ser —y en realidad lo fue— condescendiente y acaso convencido en cuanto a la eficacia del sistema monárquico como fórmula de gobierno para la Nación soberana. Y que, en esas condiciones, después de la famosa entrevista de Guayaquil, hubo de apartarse voluntariamente de la conducción de los asuntos del Perú, franqueándole —en el posible— el ingreso a Bolívar en aquel mundo agitado por los apetitos y designios, a la postre antipatrióticos, de muchos de los más notorios hombres de prestigio personal y familiar del medio.

No fueron, por lo tanto, nada halagadoras las condiciones en que hizo su entrada Bolívar en la política y en la guerra del Perú. Acaso su misma llegada sirvió para darle mayor fuerza al enfrentamiento entre el Congreso sesionado en Lima con el tambaleante apoyo de Torre Tagle y la facción de Riva Agüero extendida por las regiones, aún no ocupadas por jefes españoles, que quedaban en el interior del país.

Ya Tomás de Heres, como los demás oficiales americanos y las tropas del “*Numancia Primero*” estaban al servicio de la Independencia. Lo habían estado siempre con el general San Martín. Algunos de ellos con anterioridad habían tenido que salir en busca de asilo ante la persecución de sus jefes realistas, llevando sus anhelos americanistas consigo hasta el puerto de Guayaquil, en donde fueron actores significativos en el levantamiento patriótico que sumó esa base naval y plaza fuerte importante al movimiento emancipador y que, con el andar de los meses, sirvió de escenario al encuentro del Protector y del Libertador y de puerto de embarque de éste último en su viaje al encuentro del clamor de los hombres de Congreso de Lima.

Bolívar, desde el primer momento sabe valorar la entereza personal del joven guayanés, su capacidad militar y cívica; los alcances de su conocimiento del medio, de sus gentes, de sus inclinaciones y de sus más caros intereses. Lo utiliza con acierto en mandos militares en las operaciones que condujeron a la victoria de Junín. Sánchez Carrión, uno de los más sinceros republicanos y de los mejores amigos de Bolívar en el Perú, tiene entonces la responsabilidad del Ministerio de Asuntos Generales con que lo distingue acertadamente el Libertador en esos angustiosos y difíciles días de la gesta emancipadora. Sobre sus hombres descansa el peso de la organización civil de los pueblos que aún permanecen libres y de los que se van sumando al campo patriota. Constantes son los contactos de esos días entre Heres y el ya famoso *Solitario de Sayán*.

Una vez lograda la victoria fulgurante de Junín, abiertos ya los horizontes de una Patria grande y unida, Bolívar con su visión genial de gobernante procedió el 7 de noviembre de 1824 a la ampliación del tren Administrativo de la República, descentralizándolo, mediante un Gabinete formado por Sánchez Carrión, como Secretario de Estado, a cargo del Ministerio de Relaciones Exteriores; don Hipólito Unánue, hombre de ciencias de probidad personal y política reconocida, como Ministro de Hacienda y con Heres, ya en posesión del grado de coronel, como Ministro de Guerra y Marina.

Eran los días en que se prolongaba la campaña definitiva y magna del Norte, con el general Antonio José de Sucre conduciendo sus tropas a la gloria singular de Ayacucho.

Como igualmente hemos dicho en anterior oportunidad, muchos otros oficiales superiores ostentaban en aquellos momentos grados más altos que el de

Heres. Pero el Libertador supo aprovechar sus conocimientos del medio, su capacidad y su rectitud. Porque Heres, como muy pocos, conocía el carácter y las veleidades personales de muchos de los jefes combatientes de uno y otro lado del frente de batalla. Y era diestro en la ciencia de llevar adelante la tarea, nada fácil en aquellos instantes, de mantener eficiente abastecimiento y adecuados equipos militares, situación que tanto preocupaba a Bolívar, y —más aún— al general Sucre.

En esa forma se avanzaba hacia el desenlace triunfal de Ayacucho. Habíase ido afirmando la confianza en el ánimo de los patriotas peruanos. Tenían un gobierno efectivo que alentaba esperanza firme y clara en la victoria de su justa causa. Hombres de aquilatada experiencia, de relevantes sacrificios y de amor y servicios constantes a la causa de los pueblos libres tenían en sus manos el destino de esta nueva Patria Americana: Sucre en el frente, rodeado por jefes, oficiales y soldados valerosos y capaces. Sánchez Carrión, Unánue y Tomás de Heres, en el Gabinete Ejecutivo. Y, por sobre todos ellos, la figura resplandeciente de gloria, la figura magnífica en sus dimensiones de estadista, de guerrero y de hombre de pensamiento, de Simón Bolívar.

Seguro de esos resultados Tomás de Heres, conforme a instrucciones precisas del Libertador y a través del Ministro de Estado Sánchez Carrión, dirigía desde Lima la famosa Circular del 7 de diciembre de 1824, convocando a los Altos Poderes Nacionales de Colombia, México, América Central, Provincias Unidas de Buenos Aires, Chile y Brasil para reunirse en Asamblea General de Plenipotenciarios, para darle así concreción a los ideales americanistas sustentados por los grandes conductores de la emancipación de la América Hispana y configurados por el genio de Bolívar en términos destinados a perpetuarse y expandirse en los anales de la Civilización, mediante el paso inicial del Congreso Afictiónico de Panamá, de 1826.

Advino, luego, la jornada trascendental de Ayacucho. El 11 de diciembre, dos días después de la victoria el general Sucre enviaba al Ministro de Guerra, coronel Heres, una imperecedera descripción de la batalla, que iniciaba con estas palabras: "La Aurora del 9 vio estos dos ejércitos disponerse para decidir los destinos de una nación". Y terminaba así: "La campaña del Perú está terminada; su Independencia y la paz de América se ha firmado en este campo de batalla. El ejército unido cree que sus trofeos en la victoria de Ayacucho sean una oferta digna de aceptación del Libertador de Colombia".

Estaba, entre tanto, próxima la fecha en que debía reunirse el Congreso Constituyente del nuevo Perú. Bolívar, fiel a la promesa empeñada al aceptar el mando supremo de la Nación, ahora se aprestaba a resignarlo. Los Ministros del Despacho Ejecutivo, Heres entre ellos, se preparaban para presentar sus respectivas Memorias, con acopio de documentos y explicaciones de procedimientos ajustados, en casos concretos, a las necesidades insoslayables de la guerra. Pero, entre tanto, el Libertador, con el concurso valioso de sus Ministros: Sánchez Carrión, Unánue y Heres, seguía ocupándose en estudiar y dictar medidas necesarias para el inmediato beneficio de los pueblos que estaban bajo su mandato.

Sin embargo, todo no era satisfacciones en el ámbito de la Patria definitivamente ganada para los peruanos. Un acontecimiento lamentable y desgraciado turbó en la noche del 28 de enero el ambiente de regocijo de los limeños. Esa

noche fue asesinado en una calle extraviada de la capital el antiguo Ministro del general San Martín, coronel don Bernardo Monteagudo. Surgieron, como sucede en estos casos y dada la significación pasada del personaje asesinado, comentarios llegándose hasta hacer insinuaciones sobre la animadversión existente entre Monteagudo y el Ministro Sánchez Carrión, provenientes de discrepancias durante el régimen del Protector, ya que Sánchez Carrión siempre fue un defensor apasionado de los principios republicanos, en tanto que Monteagudo alentaba con todo vigor los proyectos monárquicos que estuvieron a punto de hacerse realidad en aquellos no lejanos tiempos.

Pero, en curso del proceso, tanto esta suposición como la de un acto instigado por Rodil desde el reducto realista del Callao, debieron ser desechadas, como puede verse en el párrafo de una referencia posterior del suceso, debida al Ministro de Guerra, don Tomás de Heres, cuyo texto es el siguiente: "El asesinato de don Bernardo Monteagudo, acaecido en la noche del 28 de enero de 1825, lo he atribuido siempre a una desgraciada casualidad provocada por su imprudencia. Monteagudo tenía una tertulia hasta tarde de la noche, en una calle extraviada y oscura. Estaba siempre muy bien vestido y llevaba prendas de valor. En Lima hay muchos ladrones, y dos de ellos acecharon a Monteagudo en una esquina y lo atravesaron de una puñalada, sólo para robarle; sea que lo conociesen personalmente, sea que supieran que aquel hombre vestido con mucho lujo pasaba todas las noches por aquel lugar". En iguales o parecidos términos relata el suceso el general O'Leary, en sus Memorias.

El ingrato suceso vino pronto a quedar acallado por las atronadoras salvas de artillería y expresiones de satisfacción y de confianza de las masas populares el día 10 de febrero, fecha en que se instaló el Congreso Constituyente convocado por Bolívar, quien ese mismo día, invitado a trasladarse al local de sesiones de la Cámara Legislativa, acudió para dar cuenta de sus actos de gobierno y declinar el ejercicio del Poder Supremo. Unánime el Congreso suplicó a Bolívar la continuidad en el mando, como dice el historiador y magistrado peruano Dr. L. A. Eguiguren, "para que su poder vigoroso siguiera manteniendo las bases de la naciente nacionalidad", en "un país desgarrado en su economía, en sus instituciones, en la vida de sus hombres, que lucharon por la independencia". Y, el mismo Eguiguren nos dice que Bolívar "Aceptó, por eso, la decisión de los diputados de prorrogarle el gobierno durante un año más, hasta que el Congreso pudiera reunirse" nuevamente. Y que "Tanto los diputados como el Libertador contemplaban el espectro de la anarquía, como lo atestiguaron los días turbulentos del caos político y social, generado por los pequeños caudillos, que se disputaban la obra del gran hombre".

Después de recibir, analizar y aprobar las Memorias de los Ministros y de resolver otros asuntos importantes de su incumbencia, el Congreso clausuró sus sesiones el 10 de marzo.

Entonces, en la necesidad de atender personalmente y de cerca las necesidades de los pueblos del interior, Bolívar debió salir de Lima, encargando del Gobierno Central a un Gabinete oficialmente presidido por el general La Mar, pero en un primer momento bajo la dirección de Sánchez Carrión, en ausencia del distinguido militar, aunque por muy breve tiempo, debido a los males que aquejaban su salud y que privarían al Perú, pocos días después, de esa vida preciosa

e ilustre y al Libertador de unos de sus más insignes colaboradores en la etapa culminante de su carrera de victorias y de realizaciones perdurables y magníficas.

Heres continuaba entre tanto, presentados sus servicios con el acierto y el desinterés de siempre, al lado de Bolívar. Su presencia se señalaba en donde quiera que le tocara actuar, por su actitud circunspecta, su inalterable disciplina y su laboriosidad características.

Habíanse sucedido, en ese tiempo, la rendición de la plaza fuerte del Callao, último reducto del poderío español en el Continente, cercado y vencido por los ejércitos libertadores al mando directo del general Bartolomé Salom y la creación del Estado soberano e independiente del antiplano, denominado por la voluntad de sus habitantes con el nombre de la República de Bolivia y reconocido por el Gobierno del Perú el 18 de mayo de 1826.

Ocurrió entonces lo inevitable: la separación de Bolívar del Perú. Acontecimientos diversos producidos en los pueblos integrantes de la Unión Colombiana lo llamaban, entre otras voces insistentes, por la del Vice-Presidente Santander, a encargarse de la Presidencia de Colombia. Se llegó, así, al día 3 de septiembre, fecha en que iba a abandonar definitivamente la acogedora y espléndida ciudad de Lima, en viaje hacia Bogotá. Dejaba la responsabilidad plena del Gobierno del Perú en manos del Consejo de Gobierno presidido por el mariscal Santa Cruz e integrado, además, por los Ministros don José de Larrea y Laredo, don José María Pando y el ya general don Tomás de Heres.

De esa manera concluía la colaboración del insigne guayanés al lado del Libertador en el Perú. Vendrían, seguidamente, las maquinaciones localistas, el juego de ambiciones reprimidas durante la presencia avasalladora e imponente de Bolívar y los otros factores que iban a fijarle nuevos derroteros a la política del antiguo Imperio de los Incas. Heres estaría demás en esas circunstancias. Tendría que seguir el camino de su Jefe y amigo. Abandonaría la tierra que llegara a querer y servir como propia, para afrontar vicisitudes acordes con el ritmo de los acontecimientos de la hora ingrata y llegase al fin hasta el suelo que le viera nacer: hasta la Ciudad que, ilustrada ya en sus fastos por la presencia y la acción del Libertador en los años precedentes a su carrera de victorias hasta el Perú, se eternizaría en la integración venezolana con el nombre de Ciudad Bolívar.